

*José Echeverría Almeida*

**ARBOLES,  
MANANTIALES Y  
CERROS SAGRADOS  
EN LOS ANDES  
SEPTENTRIONALES  
DEL ECUADOR**

\* Investigador Asociado - I.O.A.

La fuente documental temprana y la etnológica de los tiempos actuales evidencian algunos aspectos religiosos y mágicos del antiguo habitante de esta zona geográfica; varias prácticas y creencias aún se conservan a nivel indígena o/y campesino. Tal es el caso respecto a los cerros, a las cascadas manantiales y al árbol lechero (*Euphorbia Latazii* H.B.K.).

De acuerdo a la información bibliográfica, el culto a los cerros y nevados es una costumbre panandina. En casi todos los andes, se observa que estas cumbres son antropomorfiza-

das, tienen vida, sexo, edad y jerarquía. Según Espinoza Soriano (1988: 184), en los Andes Centrales (Perú) reciben diversos nombres **Huamani**, **Jirca** y **Auqui**. Zuidema (1989), señala que, en Ayacucho y en Huancaavelica el **huamani**<sup>1</sup> es principalmente la montaña venerada; en otras partes del Perú, se les denomina **apu** o **auquillu**. En los Andes Septentrionales (Ecuador), se les dice cariñosa y respetuosamente **Taita** (Padre)<sup>2</sup>.

Según los mitos y tradiciones, los cerros se casan, se aman y se odian, igual que los humanos. Por lo general, se hablan a lo lejos y se visitan durante las noches. Los relempagos son las cartas que se remiten. Las mujeres que pastorean o duermen en las faldas de los cerros machos, quedan embarazadas, dando a luz niños albinos. Las erupciones volcánicas se producen porque sus esposas les son infieles. Entre las cónyuges de los cerros hay muchos celos. Los que duermen en sus laderas enferman con síntomas de inconsciencia, sed excesiva, insomnio, debilidad

mental. Para curarse recurren a los shamanes.

En la Sierra Norte del Ecuador, sobresalen en la mitología, en las tradiciones, y en las prácticas actuales, los dos cerros que dominan la provincia, el **Imbabura** que es masculino y el **Cotacachi** que es femenino. Ambos son marido y mujer: **taita Imbabura** y **mama Cotacachi**. Se visitan durante las noches, siendo la del 31 de mayo, a las 24 horas, la más ardiente (Espinoza Soriano 1988). Igual fenómeno lo encontramos más hacia el Sur, el **Chimborazo** es masculino, **taita**, y el **Tungurahua** es femenino, **mama**. Napoleón Cisneros (1966: 144) señala que en la Octava de Corpus, en la población de Quisapincha, luego de realizar varias danzas, hay un simulacro de pelea entre dos yumbos y un sacharuna:

Estos salen de entre la multitud hacia el centro de una pista conformada por los espectadores, avanzan dando grandes saltos al compás del bombo y el pingullo, al encontrarse dan una

media vuelta y con gran fuerza cruzan las chontas produciendo un fuerte ruido, exclamando a una sola voz: "Casahuala! Chimborazo! Llanganati! Rumiñahui! Iliniza! jarimuru!... Con relación a estas exclamaciones creen firmemente que si no nombran a los cerros y páramos de la zona, ellos cuando suben a las montañas se "secan y mueren".

En la Sierra Sur colombiana (Ortiz 1954, citado por Espinoza Soriano 1988), en el distrito de Túquerres (Pasto) hay indicios de que también existían huamanis masculinos y femeninos. Se trata de los dos cerros que reciben el nombre de **Alchi-Pichi**, palabra quechua. Una de las cumbres se llama **Alchi**, y la otra **Pilchi**, aunque cotidianamente se les designaban en conjunto **Alchipichi**. Para los naturales, uno es varón y el otro es hembra.

En la actualidad, al cerro **Imbabura** se lo identifica de dos maneras: como un anciano rubio, que en traje de peregrino sale y desciende rumbo al

pueblo de San Pablo, y hasta suele entrar a la iglesia a oír misa (Espinoza Soriano 1988: 189). Otros, relatan que es un hombre de mediana estatura, bien parecido y robusto, viste un fino poncho de castilla, sombrero de paño de anchas alas, calzón de montar y botas, su nombre es Manuel, Manuel **Imbabura**. Al **Cotacachi**, en cambio, le personifican como una mujer joven de belleza incomparable. Cuerpo alto y esbelto, piel blanca y tersa y cabello largo, rubio y ondulado. Su nombre es **María Isabel Nieves** (Buitrón 1974).<sup>3</sup>

Sería interesante un estudio más profundo de la jerarquía geográfica que todavía se observa en la actualidad, especialmente a partir de los cerros. Los Incas lo utilizaron con fines políticos, religiosos, etc., pero se sabe que esta caracterización viene desde mucho antes; por ejemplo, siete huamanis delimitaban la extensión del imperio **Huari** (Zuidema 1989).

Intimamente relacionado con el **Imbabura**, persiste la

leyenda del Chusalongo, individuo que vive en el cerro. Considerado el azote de las mujeres, debido a su pishcu (órgano viril) tan largo que desde lejos agarraba a las mujeres y les dejaba preñadas.

El cerro Imbabura es el protector de los indígenas, de él dependen los buenos temporales, las buenas cosechas. Cuando los veranos son prolongados, realizan el rito denominado Guachocaray (Huacchacaray), que quiere decir "regalo del pobre". Para esta ceremonia seleccionan la cima de una loma, de una montaña o de un cerro. Dicen que mientras más alto es el lugar de la reunión, más cerca están de Dios y por lo tanto, les oírán las plegarias. En el Cantón Otavalo, los principales sitios en donde se efectúan estos ritos son: loma de Azama, para las comunidades de Azama, Gualapuro, Punge, Pigulca. La loma de Cotama, para las comunidades de Cotama, La Bolsa, Guanansig, Carabuela. Rey Loma, para las comunidades de Pucará, Espejo, Calpaquí. La loma de San

Roque, para las comunidades de San Pablo. En un sitio determinado del cerro Imbabura, encima o cerca de grandes rocas, se reúnen las comunidades de Agato, Compañía, Quinchuquí.

Es muy posible que para estos oficios, en la época prehispánica hayan utilizado también la cima de las tolas más grandes. Chantal Caillavet (1981) escribe que hasta hace pocos años, los dueños de las tolas situadas alrededor de la capilla de San Roque (Laguna de San Pablo, Imbabura), alquilaban a otros indios, para ceremonias religiosas de carácter sincrético.

Las personas mayores que participan en estas súplicas, llevan comida, la misma que es intercambiada y distribuida entre todos.

Para que la invocación tenga más eficacia, hacen gritar a los niños. Dicen que Dios oye a los inocentes. El que oficia la ceremonia, generalmente es un anciano, ordena que los niños se pongan en hileras, a la derecha los varones y a la

izquierda las mujeres; los chiquillos se incan frente a frente y a una señal del oficiante se escucha el grito: "Quishpichuangui Taita Dios, Tamiaguta carangui Taita Dios" (Misericordia Padre Dios, Dadnos la lluvia Padre Dios); "Taita Imbabura, yacugata carai" (Padre Imbabura, dadnos agua) (Cachiguango 1984-85).

Don Virgilio Encalada (Yachac de 60 años, residente en Quinchuquí Alto), nos comentaba en 1982 que cuando hay sequía o llueve torrencialmente, los indígenas ofrecen al cerro: velas encendidas, alimentos (cuyes, aves, mazamorra) y en especial un gallo blanco vivo.

Cuando hay sequía, todavía acostumbra quemar los pajonales porque piensan que el calor que sienta el taita causará la lluvia para refrescarse y apagar su sed. Igualmente, muchos indígenas creen que el granizo, las heladas y los aguaceros son originados por el cerro Imbabura, y a veces, hasta la muerte de los animales y de los seres humanos.

En algunas comunidades, la mayoría de las casas tienen sus corredores y entradas con dirección hacia el Imbabura. Rubio Orbe (1956: 45) al preguntar sobre este particular a una anciana, tuvo la siguiente respuesta: "Para ver a taita Imbabura; no ves que él nos da el alimento y cuida los frutos?" Un indígena octogenario, respondió así: "Desde los abuelos de mis abuelos enseñaron que las casas deben dar cara a taita Imbabura. Así le saludamos al levantar de la cama; así no se enoja y nos ayuda".

En las invocaciones y rezos, especialmente de los shamanes, hay una mezcla de santos y de cerros. Se invoca a San Juan, a Jesucristo, a la Virgen María y a Taita Imbabura.

Los Yachac de Ilumán (población que está al pie del Imbabura), utilizan en sus curaciones seis piedras negras pulidas con las cuales forman un círculo en la mesa, representan los cerros circundantes y, a veces, toman el nombre de ellos.

En las curaciones, se les invoca llamándoles con nombres de personas; por ejemplo: Chabelita, Lolita, Rosita, Manuelita, o simplemente les identifican como Madrecitas (Mena 1966: 9). Algunas veces, el Yachac taita prefiere utilizar unas pequeñas piedrecillas del río llamadas "cerros", con las cuales friega todo el cuerpo del enfermo y siempre diciendo llucshi, llucshi, llucshi, cambac urcuman ri" (Mena 1966: 18). Este autor refiere también que luego de la ceremonia en la que el Yachac Taita ha entregado la corona al sucesor, el flamante brujo reúne todos los regalos y banquetes que estuvieron servidos en la mesa y se dirige hacia las estribaciones del volcán Imbabura y del Cotacachi, preferentemente, con el fin de depositar en ellos todos estos presentes (1966: 10). Estas supervivencias, probablemente, indican la fuerte relación que antiguamente mantenían los yachac con los cerros, sus profundidades eran consideradas moradas predilectas de determinados dioses; precisamente, los hechiceros obtenían su poder

del mundo subterráneo (Zuidema 1989).

En la fiesta de los Abagos de Cumbas (Cantón Cotacachi) que se realiza en la fiesta religiosa de Corpus Christi, la última danza se denomina Urcucayay (invocación a los cerros). Los danzantes reuidos en círculo imploran al cerro Imbabura, al Yanaurco, al Chimborazo, al Mojanda. Dicen:

Imbaburita,  
Imbaburalla.

Yana urquito,  
yana urculla.

Urcu urquito,  
urcu urculla.

Piña urquito,  
piña urculla.

Chimboracito,  
Chimborazulla.

Toro rumicu,  
Toro rumilla.

Escalerita,  
escaleralla.

Mojanda urcu,  
Mojanda urquito.

Cari racito,  
carirazulla.

Al parecer, el extinguido volcán Mojanda fue también sagrado, a igual que el Yanaurco de Piñán (al norte del volcán Cotacachi) y el nevado Cayambe que se levanta en la línea equinoccial. Este último constituye una de las cúspides más hermosas y majestuosas de la región.

#### Agua

Las lagunas, los "ojos de agua", puquios o pogyos, las pacchas (cascadas), que a su vez están asociados con los cerros, son para los indígenas andinos lugares dotados de poderes o virtudes telúricas y cósmicas. Muchos mitos y leyendas refieren a las fuentes de agua, especialmente a las lagunas, como lugares de origen de deidades, personajes míticos que dieron origen a las etnias, y de animales fabulosos. Estos lugares tienen sus custodios o

guardianes entre los que sobresalen las serpientes "el amaru" y los felinos (Giese 1991).

En la Sierra Norte, especialmente en la provincia de Imbabura, privilegiada por la naturaleza con una armoniosa distribución de los recursos acuíferos (Cfr. Jaramillo 1962), aún quedan algunas prácticas ancestrales. —Por ejemplo, unos tres días antes de las fiestas de San Juan, los indios de Punyaro solían bañarse en la Paccha (cascada) con el propósito de pactar con el diablo y hacerse fuertes e invencibles en las peleas rituales de San Juan.

Los diablo-huma o haya huma (cabeza de diablo) es un disfraz especial en los bailes de San Juan. Quienes lo representan tienen que bañarse tres días en una paccha (cascada) para compactarse con el diablo y adquirir su poder y habilidad en la lucha. Pasada la fiesta los diablo-huma vuelven a bañarse en el mismo sitio para entregar los poderes al diablo y quedar en paz. Según la tradición, los indios de Punyaro selecciona-

ban para jefe de las cuadrillas de San Juan a los más fuertes e inteligentes. Estos, para lograr poder, capacidad y fuerza y triunfar en las peleas se bañaban ocho días consecutivos en la paccha (cascada), después de las seis de la tarde. Al finalizar las fiestas repetían el baño y las ceremonias para entregar los poderes (Rubio Orbe 1956).

Respecto a los cerros (masculinos), las fuentes de agua son femeninas. Algunos yachac invocan conjuntamente a los cerros y a los manantiales, como el caso que menciona Mena (1966: 14), el yachac taita de Cotacachi, invoca a las montañas y cerros Cotacachi, Imbabura, Mojanda, Yanahurco y a una vertiente de agua ferruginosa que nace en el volcán Cotacachi llamada **Pugyu mama tundún**.

La laguna de San Pablo, especialmente, debió haber hechizado a nuestros antepasados. En sus alrededores hay algunas vertientes como las de Araque, la de Cusín, la de Gallopongo, las de Pusagacu, la

Paccha del Imbabura, Apangoras, Gualacata, Huaycopungo... (Jaramillo 1962).

### Arbol sagrado

Desde épocas muy antiguas, el árbol está asociado con un culto religioso. Los cananitas, por ejemplo, practicaban sus cultos en la cima de altas colinas donde habían plantado árboles con fines de protección (Jensen 1966). La fuerza vital de un árbol, simbolizaba para los antiguos, principalmente la fuerza de la Madre Naturaleza que todo lo vivifica y pasaba como visible manifestación de la divinidad... el granado era sagrado por su fruto jugoso y lleno de semillas; el ciprés y el pino, por su permanente verdor; la encina y el almendro estaban consagrados a la divinidad (Weiss 1927: 898).

En la comarca de Otavalo (Imbabura), especialmente en las faldas del cerro Imbabura, en Quinchuquí, Agato y en Rey Loma hay lecheros (*Euphorbia Latazii* H.B.K.) centenarios que

aún son objeto de ciertas prácticas rituales. Particularmente importante es el lechero de Rey Loma, localizado en el centro de una loma modificada con cuatro escarpaduras en círculos concéntricos. En las laderas E y S la altura de las escarpaduras es de 4 m. El círculo mayor tiene 300 m. de diámetro. Según el arqueólogo Fernando Plaza (1976) se trata de una fortaleza o pucará, mientras que Chantal Caillavet (1981) piensa que se trata de un sitio ceremonial. Precisamente, desde el antiguo Otavalo localizado al sureste de la laguna de San Pablo, se pueden trazar dos líneas imaginarias: la una hacia el noreste, conecta Reyloma con el cerro Cotacachi; la otra: hacia el noreste: une la loma de Araque y el cerro Imbabura. dice Caillavet, esta particularidad geográfica debió haber favorecido una actividad religiosa muy activa.

El lechero tiene una consideración especial porque se le atribuye virtudes para atraer la lluvia, por lo que es invocado en época de sequía (Villavicencio

1973: 165, citado por Espinoza Soriano 1988: 182). Tiene además entre los indígenas un uso terapéutico, la leche en emplastos, para el hígado y riñones; la hoja, para el dolor de cabeza, adhiriéndose a la frente; la leche para curar las verrugas; para curar el "dolor de orejas": se rompe las puntitas de las hojas, se calientan en un tiesto y se las pone en el oído (Cfr. Rubio Orbe 1956). Lo que también impresiona en el lechero es su feracidad. Las estacas, casi secas, una vez plantadas germinan con gran facilidad, por lo que desde muy antiguo se le ha utilizado como límite de propiedad. Es posible que por esta particularidad, el indígena consideró a este árbol como una entidad viviente dotada de poderes y es posible que esta antropomorfización de la planta haya ayudado para que se respeten las propiedades. Este fenómeno se ha observado también entre los aborígenes de otras partes del planeta. Por ejemplo, en Bolivia, los indios itonama tienen unas plantas trepadoras, la **huaboa**, que plantan alrededor de los campos con lo que

ningún indio roba los frutos. El que no respeta dichas señales y roba a pesar de ellas es atacado por determinadas enfermedades o castigos (Jensen 1966: 356).

Por extensión, estos árboles lechero cuidan también a los animales y a las personas. En el patio de las casas indígenas (que es el espacio social comunal), casi siempre hay un enorme lechero como gallinero.

En nuestras observaciones de campo (1982, 1985, 1990) hemos constatado que los lecheros de Quinchuquí, Agato y Rey Loma son los que más consideración especial reciben por parte de los indígenas. Por ejemplo, se amarra al tronco del árbol una cruz de ramos o/y romero para que envíe lluvias. Cuando se pierde una oveja, amarran al tronco un poco de lana, y si es un chancho se amarra las cerdas, para que el árbol lechero ayude a encontrar los animales perdidos. Los ancianos mencionan que hasta hace poco, cuando se morían los infantes sin haber sido bautizados, se los enterraba en la

base de los lecheros. Es común encontrar al pie de estos lecheros restos de velas encendidas. En Rey Loma encontré varias veces tres muñecos de trapo, cada uno con su respectiva vela o espelma.

### NOTAS

- 1 Derivado de huaman (cóndor), siendo el dios cerro manifestado por un cóndor (Zuidema 1969).
- 2 Aunque todavía se utiliza el vocablo yaya, éste no se aplica a los cerros. "Yaya, un término burdo, con connotaciones sexuales, significa genitor varón: también se extiende a cualquier ascendiente lineal varón pariente de varones" (Zuidema 1989: 115).
- 3 La descripción última del Imbabura y del Cotacachi, refieren a rasgos humanos y vestimenta occidentales, prototipos en la época postconquista.

### BIBLIOGRAFIA CITADA

BUITRON, Aníbal  
1974 Investigaciones sociales en Otavalo, Colección de Autores y/o Temas Otavaleños, Serie Antropología, Volúmen I, Instituto Otavaleño de Antropología, Otavalo.

CAILLAVET, Chantal  
1981 "Ethnohistoria ecuatoriana: nuevos datos sobre el Otavalo prehispánico", en Revista *Cultura*, N° 11, Banco Central del Ecuador.

ESPINOZA SORIANO, Waldemar  
1988 Los Cayambes y Carangues: Siglos XV-XVI. El testimonio de la etnohistoria. Tomo I, Otavalo.

Giese, Claudius C.  
1991 "El rol y significado de las lagunas Huarinas cerca de Huancabamba y el curanderismo en el norte del Perú", en *Bull. Inst. fr. études andines*, 20 (2): 265-587.

JARAMILLO, Víctor Alejandro  
1962 Imbabura. Agua y Paisaje. Publicación del Instituto del Indio Americano, Editorial Cultura, Otavalo.

JENSEN, Ad. E.  
1966 Mito y culto entre pueblos primitivos. Fondo de Cultura Económica, México.

PLAZA SCHULLER, Fernando  
1976 La incursión inca en el septentrión andino ecuatoriano, Serie Arqueología, N° 2, Instituto Otavaleño de Antropología, Otavalo.

RUBIO ORBE, Gonzalo  
1956 Punyaro. Casa de la Cultura Ecuatoriana, Quito.

WEISS, J.  
1927 Historia Universal. Los Pueblos de Oriente, Vol. 1, Tipografía La Educación, Barcelona.